

en generación, hasta que un agitador intelectual sacude la modorra de sus compatriotas y les arroja semillas de verdad.

Si el Sr. Bulnes niega que tengamos verdadera historia (página 654 de su libro) y cree que esa historia está por hacerse, son inútiles los anatemas prodigados contra los autores de malos libros. Leemos éstos, porque no los hay buenos. Otra vez, ¡y no será la última! citaré á Agustín Thierry, para cerrar este capítulo: "Habéis pronunciado el nombre del abate Velly, célebre en el siglo pasado, como restaurador de la historia de Francia, y cuya obra está lejos de haber perdido su antigua popularidad. Os confieso que sólo de pensar en esa popularidad, trabajo me cuesta vencer cierta especie de cólera, y sin embargo, debería calmarme, porque á falta de buenos libros, el público se ve obligado á contentarse con los malos. En su tiempo, es decir, en 1755, el abate Velly creyó de buena fe que escribía la historia nacional." Y sin embargo, todavía en 1820, "la verdadera historia nacional, la que merece popularizarse, estaba sepultada en el polvo de las crónicas contemporáneas, sin que nadie pensara en desentrañarla, y seguían reimprimiéndose las compilaciones inexactas, sin verdad y sin color, que á falta de mejores libros, se decoraban con el título de Historia de Francia." Había ya una historia crítica, pero las verdades no bajan directamente del especialista al público, por conducto de los compendios y demás libros de vulgarización, sino á través de las historias narrativas de alto valor estético que dan la vida del arte al pasado, como las de Michelet, Renan, Macaulay, y como la que tendremos en nuestra patria cuando desarrolle Don Justo Sierra la *Historia Política*, con cuyas páginas reveladoras se honra el libro *México y su Evolución*.

La Patria ante la Historia.

El Sr. Bulnes, debe repetirse aquí, no prodiga los esfuerzos de su noble espíritu para buscar entre la maleza de los documentos que consulta, la verdad histórica, en su integridad palpitante: no, la tarea á que se sacrifica, es la de rastrear mentiras, ¡y las encuentra! Cuando no le salen al paso, en las páginas del libro educativo, hace una batida en toda regla para sorprenderlas en las agrestes alturas de la vanidad patriótica. No es esa la misión del historiador: éste, ante todo, debe ser fiel á la historia, que se com-

pone de elementos científicos y artísticos, esto es, de investigación crítica y de evocación poética.

El patriotismo, ciertamente, como todo sentimiento, si es exclusivo y dominador, puede pervertir la historia; pero una pasión, y entre ellas la que nace de la prevención anti-patriótica, perturba también. El pasado sólo resucita para el que sabe explotarlo con tranquila y cariñosa perseverancia: la magia de sus revelaciones se rompe entre las manos crispadas del orador, que pronuncia alegatos que son razonamientos, cuando sólo se le piden realidades que sean hechos. Todavía va más allá el polemista: cuando no discute con el autor ó con el público, discute con los personajes que debiera estudiar. Dejan de ser objeto de investigación, convirtiéndolos en contrincantes.

En el libro del Sr. Bulnes, la Patria es una gran culpable: por su amor, mienten los historiadores, y sus hijos vivimos engañados; pero ese amor sólo existe en los libros de la historia para corromperlos: no existe en los hechos que forman la historia. En suma: los historiadores, por patriotismo, mienten; los patriotas, por falta de patriotismo, no son sino cómicos. Y la Patria misma ¿qué es, en dónde está? No en el libro del Sr. Bulnes, por el que pasa ignorada ó desconocida.—No niego, entiéndase bien, que el Sr. Bulnes sienta con intensidad el amor patrio: en muchos de sus escritos, habla, emocionado y elocuente, el patriota devoto. A nadie imputaré, sin razones muy sólidas, falta de amor patrio, y menos á quien, como el Sr. Bulnes, consagra á México sus fecundas vigiliás, las fuerzas de su espíritu genial y una elocuencia conmovedora y generosa. Lo que niego es que el Sr. Bulnes nos muestre á la Patria viviendo en la historia. Quédese para los oficiantes de patriotismo profesional, defender á México de las que llamarán traiciones y calumnias del Sr. Bulnes. Yo sólo aspiro á hablar de la Patria en nombre de la historia y de los actores del drama nacional como personajes susceptibles de un estudio retrospectivo.

El Gobierno y la Invasión de la Reconquista.

Nadie ignora que en 1829 el brigadier español Barradas, al frente de una expedición de reconquista, invadió nuestra costa del Golfo, y que vencido por las fuerzas de Santa-Anna y Terán, se vió obligado á retirarse al mes y medio, después de un fracaso militar y político, que afianzó nuestra independencia. Hasta hoy, es-

te acontecimiento, adornado de los inexactitudes circunstanciales que se quiera, como son millar más ó menos de invasores y mayor ó menor facilidad para repeler la agresión española, pone de manifiesto á sabios é ignorantes, á niños y adultos, que en 1829, no supo España intentar una reconquista formal de nuestro país, y que México, por su parte, pudo rechazar la invasión de una manera feliz. "La empresa de Barradas, completamente reaccionaria, hasta poner las cosas como estaban el año de 1640, era una manifestación de clásica demencia española." Tal es la opinión del Sr. Bulnes sobre aquella expedición, cuya "verdadera causa, agrega, tiene algo misterioso setenta y tres años después, lo que prueba que nuestros adelantos en historia, son nulos é imperceptibles." El Sr. Bulnes cree que "un gobierno afecto á descubrimientos, deberá resolver, de una manera evidente, si la expedición de Barradas fué la continuación de la conspiración del P. Arenas." No sé cómo podrían hacerse descubrimientos de cosas que, en gran parte, guardan secretas las cancillerías de otros gobiernos, ó cuyas huellas se han perdido. Pero sea cual fuere la relación que exista entre la invasión de Barradas y la conspiración del P. Arenas, lo cierto es que si ésta no tuvo carácter grave, aquélla no pasó de una vana tentativa del caduco gabinete de Madrid, "para entretener las esperanzas irrealizables de una reconquista ofrecida á las cortes que componían la Santa Alianza," como lo afirma Zavala, ó deseada para propia satisfacción. La historia no necesita saber más, aunque la curiosidad tenga el insaciable apetito de especies raras y misteriosas sobre la expedición.

En cuanto á la bárbara expulsión de españoles, iniquidad políticamente estéril, pues nos empobreció sin desalojar el asiento de la riqueza, no hubiera sido, por cierto, el medio adecuado para ahogar conspiraciones dimanadas de fuerzas más activas que las quimeras de un fraile intrigante. Pero es innegable que aquel atentado demagógico, más aún que los atentados de la Acordada, debe de haber contribuido á precipitar la invasión. Creo, como el Sr. Bulnes, que España no habría hecho, aun con un Borbón á la retaguardia de Barradas, más de lo que hizo Francia con Maximiliano, por muy bien apoyada que hubiera venido militarmente, esto es, sostenerse hasta el agotamiento de sus recursos; pero España no los tenía á la sazón, y ésto aumentaba la seguridad de nuestra independencia. Sólo un gobierno nacional, aunque sea claudicante, por falta de hacienda, puede sostenerse en un país empobrecido,

no
dejar
que
los
pueblos
se
deben

como el nuestro lo estaba desde que se arruinaron los principales giros en los años críticos de la guerra de independencia.

La empresa frustránea y loca que venía acaudillando el brigadier Barradas, debe ser objeto de un estudio político-militar minucioso, que aun no se ha hecho. No estoy de acuerdo con el procedimiento de investigación del Sr. Bulnes, pero voy á seguirlo punto por punto en el examen que hace de los hechos, puesto que se trata de su libro. Para mayor claridad, así como para que sea más factible la brevedad que me impongo, trataré aisladamente cada uno de los puntos que discute el Sr. Bulnes.

A fines de Mayo se supo en México que iba á salir de la Habana una expedición de reconquista española. "Lo primero que en semejante caso debe hacer un gobierno es concentrar sus fuerzas." Como el desembarco no podía verificarse sino en las cercanías de Veracruz, en las de Tampico ó en este último puerto, era preciso formar dos cuerpos de ejército con 16,000 hombres de los 22,000 de la tropa permanente, y con 4,000 de los 10,000 que constituían la milicia activa, dejando por lo pronto en los Estados los 14,000 de las fuerzas locales, de los que no podía disponer el Ejecutivo federal sino en virtud de facultades extraordinarias que no quiso concederle el Congreso hasta el 12 de Agosto, ó sea después de 15 días de invadido el territorio nacional por el enemigo extranjero.¹ Esa concentración pudo efectuarse, dada la notable movilización de nuestro ejército, dentro de los cincuenta días transcurridos desde el 28 de Mayo en que se tuvo noticia de la invasión hasta el 17 de Julio en que debieron haber quedado listos para rechazar á los españoles, 10,000 hombres en Tula y otros tantos en Jalapa. «Para estas operaciones el Presidente Guerrero no tuvo necesidad de facultades extraordinarias como ya lo dije, y para hacer la concentración, bastaba con los recursos normales del presupuesto de guerra y marina. ¿Qué hubiera sucedido si el Presidente Guerre-

¹ Todos los historiadores refieren, con más ó menos detalles, la inquietud fantaseadora de los habitantes de las costas que veían bajeles enemigos, ya frente á Campeche, ya en el litoral veracruzano, ya en Tabasco. Se creyó por algunos días que la expedición iba á dirigirse á la Península yucateca. El Sr. Bulnes, como teórico intransigente, desdénia estos hechos históricos, y no quiere estudiar la cuestión sino desde el punto de vista técnico. El ejército invasor, no podía desembarcar sino en los lugares que señala el Sr. Bulnes. Si otra cosa creyeron los pueblos y el gobierno es porque en 1829 no había un solo militar digno de este nombre. Pero aun siendo una torpeza suponer que los españoles desembarcaran en otra parte, basta que la suposición haya existido para que la historia deba registrarla, así como los preparativos hechos y las disposiciones dictadas en previsión del peligro señalado. Ni en esta, ni en otras cosas, no menos importantes, se ocupa el libro del Sr. Bulnes.

ro obra como debía hacerlo?» Barradas desembarcó el 27 de Julio en Cabo Rojo, con 2,700 hombres. «Si nuestro cuerpo de ejército hubiera estado desde el 17 de Julio de 1829 en Tula de Tamaulipas ó más abajo no hubiera dejado á Barradas ocupar Tampico y lo hubiera batido inmediatamente. Es una gran vergüenza para una nación, que posee siete millones de habitantes, que sabía á punto fijo con anticipación de *sesenta días* que iba á ser atacada, que disponía de 47,000 hombres sobre las armas, dejarse invadir por 2,700 que se apoderaron sin resistencia del *segundo puerto*¹ de la República, con toda su gruesa artillería y que permanecieron en actitud triunfal *cuarenta y seis días* en nuestro territorio.»²

No en defensa de México ó del gobierno del general Guerrero, sino por amor á la justicia, deben examinarse de cerca las apreciaciones del Sr. Bulnes. Dice verdades como el Himalaya al plantear técnicamente la cuestión militar. Siendo esto así, ¿cómo se explica que el benemérito general Guerrero, de quien el Sr. Bulnes dice que *fué enérgico para los grandes deberes patrióticos*, olvidara hasta el crimen los intereses nacionales confiados á su salvaguardia? Es lamentable que el Sr. Bulnes no determine con precisión sintética, ya que se propone ser tan contundente, las responsabilidades del gobierno. Por una parte dice que la oposición que se le hacía á Guerrero no tiene igual desde la independencia hasta el año de 1903, pues todas las facciones estaban contra él porque no había querido gobernar con ellas sino con el pueblo, que no tenía existencia política, de donde resultaba un gobernante despreciable, «aislado en sus puros ensueños democráticos;» que es bochornoso para el Congreso haber otorgado tan tarde al presidente las *facultades extraordinarias* que pedía para hacer frente á la invasión: que dada la situación del gobierno, creada por elementos de discordia, á los que no era extraña la acción de los agentes asalariados que tenía el enemigo para dominarnos, «los españoles habían escogido un buen momento para reconquistar su nueva presa;» por otra parte afirma rotundamente: «El Presidente Guerrero pudo, *sin facultades extraordinarias*, rechazar la invasión de 2,700 españoles, al mando de Barradas.» Si tanto podía no debió haber pedido esas facul-

¹ En 1829 no era Tampico el segundo puerto de la República, ni siquiera de los del Golfo. Zavala dice, hablando de Tampico: «... era el puerto principal del Estado de este nombre (Tamaulipas), cuyos adelantos rápidos en seis años que hace que está habitado, anuncian una grande prosperidad futura.» (Revoluciones de Nueva España. Tom. II, pág. 178). En ese mismo tiempo Campeche era una ciudad que tenía un número de habitantes por lo menos tres veces mayor.

² Bulnes, *obra citada*, págs. 12 y sigts.

tades, ni fué bochornoso para el Congreso retardar su otorgamiento, como lo afirma el Sr. Bulnes. «Es también ridículo que un país de siete millones de habitantes, que tenía la desgracia de sostener sobre las armas como ejército en pie de paz 47,000 hombres (33,000 federales y el resto de los Estados), tenga necesidad de ejércitos extraordinarios, de ponerse en alarma y de entregarse á costosos sacrificios para defenderse de 2,700, á medias destruidos por la fiebre amarilla y las enfermedades de tierras cálidas mortíferas.» Ridícula ó trágica, si no existía la *necesidad* de costosos sacrificios para reclutar ejércitos extraordinarios, y Guerrero impuso aquéllos á la nación y recurrió á los servicios de éstos, no era el hombre *enérgico para los grandes deberes patrióticos* que pinta el Sr. Bulnes; pero no sólo existía aquella necesidad sino que era angustiosa, como vamos á verlo.

El Sr. Bulnes no da cuenta exacta de la situación al atribuir exclusivamente á debilidades de Guerrero, soliviado por las facciones, nuestra alarma ante la invasión. Habla de un *ejército abstracto* de 33,000 soldados federales y de los *recursos normales* del presupuesto de guerra y marina para concentrar dos cuerpos, uno en Tula y en Jalapa el otro. Para dar la impresión exacta de aquella situación, debió haber pasado de la *rigidez de las cifras á la esencia de los hechos*. ¿Dónde estaba el ejército? Pregunta que condensa todas las amarguras de Guerrero ante la *inmensa y sombría bancarrota nacional*. El *ejército desbandado, disuelto, corroído pero insolente*, era el símbolo y el instrumento de la discordia, no el brazo armado de la Patria. ¿Cómo lo olvida el Sr. Bulnes, que en otro lugar *diseca* con delectación y maestría ese cuerpo putrefacto? Y sobre todo, ¿cómo rechaza al hablar de un *presupuesto normal* sus elocuentes páginas sobre el *lúgubre problema financiero*? Cuando llegue su turno al militarismo, hablará del ejército, y cuando exalte las miserias de nuestro país sin ríos ni combustible, tratará de las finanzas ahogadas en la charca del agio. Por ahora, como *su fin directo es acusar á Guerrero*, no admite hechos explicativos de la *impotencia oficial*. No es para él la pobre tarea de *acumulación, lenta y minuciosa*, de todos los elementos que componen un estado social, ni la de pesarlos y combinarlos luego. Una acusación no es una historia. — «Pero la guerra se vino encima; un cortísimo cuerpo de ejército español desembarcó en la costa oriental, y la República, *con mil sacrificios*, pudo oponerle un ejército *apenas superior*; mas hizo un esfuerzo agotante para resistir á un ejército mucho mayor que se suponía

vendría en seguimiento de la vanguardia, mandada por Barradas, y los agiotistas, risueños é irónicos, tomaron de nuevo posesión del Ministerio de Hacienda; era preciso vivir, aunque fuera con el dogal al cuello." ¹ La situación financiera era, en efecto, como la pinta el Sr. Sierra, dolorosa, efectiva, desesperante. Para conocerla, importa saber le que dice de ella el Ministro de Hacienda de Guerrero: "Las noticias de los sucesos últimos de México (los escándalos de la Acordada), escritas á Europa con la exageración con que siempre se refieren estos acontecimientos, y mucho más por personas que tenían interés en presentarlos bajo un aspecto odioso, produjeron entre los especuladores el efecto natural de que suspendiesen sus empresas mercantiles, y el de que las dos ó tres casas que juegan en aquel mercado con los préstamos y vales de las nuevas repúblicas, publicasen noticias alarmantes que hicieron bajar el precio de los bonos, ya muy abatidos con la suspensión anterior de los pagos de dividendos. . . . De manera que las pinturas exageradas, hechas por los negociantes ingleses y los emigrados españoles de los desastres de México; las pocas simpatías que les inspiraba el triunfo del partido popular. . . la emigración de más de mil españoles, muchos de ellos acaudalados. . . coincidiendo con los preparativos que se hacían por parte del gobierno peninsular para una invasión, paralizaron los giros, y causaron la suspensión de las expediciones mercantiles." ² "Los estados, á excepción de uno ú otro, no pagan los contingentes, y lo que es más melancólico, ni aun la deuda de los tabacos que han recibido de la federación. . . . Las aduanas marítimas producen una mitad menos de los años anteriores de 26 y 27, y sus productos están empeñados con los que han hecho el triste tráfico de dar en créditos que no tenían más valor que 10 ó 20%, una mitad, y otra en numerario, para recibir libranzas contra ellos por el valor íntegro, y cuando mucho con un descuento de 15%. La renta del tabaco ha desaparecido. . . . Los ingresos de la capital, apenas han llegado en los últimos nueve meses á \$190,000. Suma equivalente á la séptima parte de los gastos del Distrito Federal. De manera que el Ministerio de Hacienda se ha visto obligado á recurrir á anticipaciones de derechos siempre degradantes. . . . Sólo diré por último, que hasta hoy se deben por la tesorería general en el Distrito por los tres meses últimos: á la tropa, \$318,645; de la lista civil \$77,844, lo que hace la enorme suma de \$396,489 que se au-

¹ J. Sierra. *Historia Política.—México—Su evolución social*, pág. 174.

² Zavala, *Revoluciones de la Nueva España*, tomo II, págs. 151 y 152.

menta diariamente" . . . "Los Estados de Zacatecas, Yucatán, Veracruz y Durango eran los únicos que pagaban corrientemente sus contingentes: pero el de Yucatán no era ni aun suficiente para pagar la guarnición de aquella península: los productos de Zacatecas estaban empeñados por tres meses; de manera que de tres millones que debían los Estados á la Federación, sólo entraban escasamente \$150,000 mensuales nominalmente; pues se *distribúan en la mantención de las mismas tropas que hacían el servicio en aquellos Estados*. Con motivo de la invasión, había un deficiente mensual de \$400,000, sin contar con el pago de los dividendos que hacía dos años que estaban suspensos. ¹ La tesorería general se hallaba exhausta y sin medios de cubrir las *más urgentes atenciones*. En estas circunstancias se anunció la proximidad del desembarco de una división del ejército español en uno de los puertos de las costas de la República." ²

En esas circunstancias, el gobierno de México, dirigido por un hombre débil para todo lo que no fueran los grandes deberes patrióticos, no podía operar una concentración clásica de dos cuerpos de ejército como la que exige el Sr. Bulnes rehaciendo nuestra historia con datos aislados, cifras muertas y estrategia abstracta. (Hablar de 47,000 hombres sobre las armas y de presupuesto normal de guerra, tratándose del año de 1829, es un sarcasmo. Queda por demostrar, antes de obtener la condenación del gobierno del Gral. Guerrero, que no fueron necesarios "mil sacrificios y un esfuerzo agotante" para superar escasamente las fuerzas invasoras y para concentrar entre Jalapa, Córdoba y Orizaba los 3,000 hombres que formaron el cuerpo de reserva. ³ El mismo Sr. Bulnes que reprocha al gobierno no haber movilizadado en cincuenta días 20,000 hombres para situarlos en Jalapa y en Tula, por mitad, "operación para la cual no eran necesarias facultades extraordinarias y bastaba con los recursos naturales del presupuesto" (pági-

¹ Obra citada, págs. 150 y siguientes, tomo II.

² Obra citada, página 76, tomo II.

³ No discutimos la actitud del Gral. Guerrero y del gobierno ante la invasión; eso sería alargar demasiado un trabajo que sólo tiene por objeto seguir al autor de *Las Grandes mentiras*. En este y en los demás asuntos que tratemos, habrá por fuerza deficiencias inevitables, pues lo repetiremos, no es nuestro propósito tratar extensamente las materias que discute el libro examinado. Acaso deba advertirse que aun cuando se niegue en estas páginas alguno de los cargos formulados por el Sr. Bulnes, el autor de ellas no se empeña siempre en defender á los inculpadados, tomando un punto de vista contrario; no, lo que quiere es señalar la improcedencia de ataques que sean infundados, sin que obste ésto para que prescindiendo de la rigidez á que obliga la controversia, se encuentren motivos de inculpación derivados de un juicio histórico, sereno y amplio.

na 14), dice en otro pasaje: "Podía suceder también que Barradas recibiese 5 ó 6,000 hombres de refuerzo, que unidos á los existentes en Tampico, y apoyado por una escuadra numerosa que dominara el río, con lanchas cañoneras, permaneciera dos, tres ó más años como Rodil en el Callao. Para atacar á los españoles en el caso supuesto, hubiera sido preciso emplear 25,000 hombres (un 25% más de los que arriba se calcula que pudo movilizar Guerrero en cincuenta días) por lo menos, con todos los recursos competentes para tan difícil obra. *Arreglar una expedición de esa naturaleza, no le hubiera sido posible al Gobierno hacerlo ni en un año.*" (página 66.)

La actitud triunfal del ejército invasor.

"El brigadier Barradas no fué derrotado por los mexicanos en ninguna acción de guerra grande, mediana ó pequeña." Desembarcó, según el Sr. Bulnes, con 2,700 hombres. Algunos contemporáneos dan la cifra de 3,500. Se eleva á 4,000 sólo por la *irremediable ignorancia* de algunos autores de compendios. El Sr. Bulnes no fija la procedencia de sus datos: los aceptamos, provisionalmente, pues debe de haberlos discutido quien tan difícilmente admite datos ajenos sin discutirlos. Desde que desembarcó (27 de Julio), hasta el 9 de Agosto, la fuerza española sólo tuvo dos encuentros insignificantes: el primero fué el de 31 de Agosto. Habiendo atacado á la columna expedicionaria una batería emboscada en la ribera del río¹ (que Zamacois transforma en playa del Golfo), media compañía de cazadores (según la narración del mismo Zamacois), obligó á rendirse á la fuerza de 50 hombres que había en el reducto, y se apoderó de las piezas. El Sr. Bulnes reprocha al jefe D. Felipe de la Garza que no hubiera protegido esas piezas, ó que no las hubiera inutilizado, arrojándolas al río, si lo primero era imposible. Siguió á ésta la acción de los *Corchos*, en la que 1,000 españoles, á las órdenes del comandante Falomir, derrotaron, según Zamacois, á una fuerza mandada por D. Andrés Ruiz de Esparza y D. Juan Cortina, ha-

¹ El Sr. Bulnes, que rechaza con indignación las inexactitudes de los autores de compendios y que toma al pie de la letra las figuras retóricas más anodinas, para acusar de monstruosas *las fufurronadas de nuestra llamada historia*, incorpora en su libro (pág. 21), fragmentos de Zamacois, sobre el primer encuentro entre españoles y mexicanos, y los comenta sabiamente aceptando todos los hechos circunstanciales que refiere, sin desconfiar de un autor jactancioso y aun ignorante que comienza así el citado fragmento: «el primer batallón había pasado por enfrente de un sitio mucho más frontoso que los demás, distante cien pasos de la playa,» refiriéndose á la del Golfo.

ciéndole 97 muertos, 132 heridos y 180 prisioneros. El Sr. Bulnes, partiendo de las bajas nuestras de que habla Zamacois, dice: «Si la mayor parte de los mexicanos eran cívicos, éstos, cuando se portan muy bien, casi como héroes, aguantan perder cinco por ciento de su efectivo: luego, según las bajas, *debía haber* en los *Corchos* 4,000 mexicanos; y si admitimos bajas de diez por ciento que ya corresponden á buena tropa, el número de mexicanos debía haber sido 2,000.—No cabe duda que la jactancia española hizo que Barradas diera á su triunfo de los *Corchos*, una importancia que no pudo haber tenido. *Jamás!* entiéndase bien: *jamás* á un coronel se le ha confiado en México el mando de 2,000 hombres, menos el de 4,000. En 1829 un coronel mandaba á lo más 400 hombres. Cuando en 1829 había reunidos 2,000 hombres, había á su frente por lo menos dos generales de brigada. Basta que Barradas confiese que la fuerza mexicana estaba mandada por un simple coronel, probablemente de *cívicos*, para que deba considerarse imposible que ésta en los *Corchos* pasase de 500 hombres.» El razonamiento, como tal, es muy bueno; pero jamás el razonamiento basta para agotar una averiguación, ni mucho menos una investigación histórica, que no es la controversia de dos partes en la que una ú otra debe obtener el triunfo, sino que se resuelve en impalpables partículas de verdad. En primer lugar, el que ignoremos que en otra ocasión haya mandado un coronel á 2,000 hombres, no prueba que en los *Corchos* así hubiera sido; en segundo lugar, la versión de Barradas que cita el Sr. Bulnes no contiene confesión de aquél, conviniendo en que la fuerza mexicana estaba á las órdenes de *un simple coronel*, pues dice: «Los principales jefes que iban á la cabeza de estas tropas eran D. Juan Cortina y D. Andrés Ruiz de Esparza, y D. Juan Cortina, aun sin ser coronel como el otro, pudo haber tenido más gente á sus órdenes. La exageración con que la jactancia española multiplicó el número de bajas causadas á los nuestros, sin necesidad de cálculos teóricos, resulta probada simplemente y de una manera indudable de la ausencia de estas cuatro líneas en las narraciones contemporáneas: «En los *Corchos* fueron pocos los nuestros y se batieron como leones, contra una fuerza superior que los aniquiló, tomando prisioneros á los que no quedaron en el campo.» A nosotros; es decir, á nuestros autores, tocaba á su vez jactarse de una derrota gloriosa. No lo hicieron, pues hablaron de ella en términos que no acusan grande entusiasmo, ni siquiera conformidad de pareceres. En resumen: del 27 de Julio al 9 de Agosto,